

Luís de Góngora

Soledades

Colección Averroes

Colección Averroes
Consejería de Educación y Ciencia
Junta de Andalucía

ÍNDICE

AL DUQUE DE BÉJAR.....	5
SOLEDAD PRIMERA.....	7
SOLEDAD SEGUNDA.....	42

AL DUQUE DE BÉJAR

Pasos de un peregrino son errante
cuantos me dictó versos dulce musa
en soledad confusa,
perdidos unos, otros inspirados.
¡Oh tú, que, de venablos impedido
-muros de abeto, almenas de diamante-,
bates los montes, que, de nieve armados,
gigantes de cristal los teme el cielo;
donde el cuerno, del eco repetido,
fieras te expone, que al teñido suelo,
muertas, pidiendo términos disformes,
espumoso coral le dan al Tormes!:
arrima a un fresno el fresno- cuyo acero
sangre sudando, en tiempo hará breve
purpurear la nieve-
y, en cuanto da el solícito montero
al duro roble, al pino levantado
-émulos vividores de las peñas-
las formidables señas
del oso que aun besaba,
atravesado acero,
la asta de tu luciente jabalina,
-o lo sagrado supla de la encina
lo augusto del dosel; o de la fuente
la alta cenefa, lo majestüoso

del síñ al a tu deidad debido-,
¡oh Duque esclarecido!,
templa en sus ondas tu fatiga ardiente,
y, entregados tus miembros al reposo
sobre el de grama, césped no desnudo,
déjate un rato hallar del pie acertado
que sus errantes pasos ha votado
a la real cadena de tu escudo.
Honre süave, generoso nudo
libertad, de fortuna perseguida:
que, a tu piedad Euterpe agradecida,
su canoro dará dulce instrumento
cuando la fama no, su trompa al viento.

SOLEDAD PRIMERA

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
-media luna las armas de su frente,
y el Sol todos los rayos de su pelo-,
luciente honor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas;
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,
-náufrago y desdeñado, sobre ausente-,
lagrimosas de amor dulces querellas
da al mar, que condolido,
fue a las ondas, fue al viento
el mísero gemido,
segundo de Arí ón dulce instrumento.
De el siempre en la montaña opuesto pino
al enemigo Noto,
piadoso miembro roto
-breve tabla- delfín no fue pequeño
al inconsiderado peregrino
que a una Libia de ondas su camino
fió, y su vida a un leño.
Del Océano, pues, antes sorbido,
y luego vomitado
no lejos de un escollo coronado
de secos juncos, de calientes plumas

-alga todo y espumas-,
halló hospitalidad donde halló nido
de Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
aquella parte poca
que le expuso en la playa dio a la roca:
que aun se dejan las peñas
lisonjear de agradecidas señas.
Desnudo el joven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas;
y al sol le extiende luego,
que, lamiéndole apenas
su dulce lengua de templado fuego,
lento le embiste, y con süave estilo
la menor onda chupa al menor hilo.
No bien pues de su luz los horizontes
-que hacían desigual, confusamente
montes de agua y piélagos de montes-
desdorados los siente,
cuando -entregado el mísero extranjero
en lo que ya del mar redimió fiero-
entre espinas crepúsculos pisando,
riscos que aun igualara mal, volando
veloz, intrépida ala,
-menos cansado que confuso- escala.
Vencida al fin la cumbre
del mar siempre sonante,
de la muda campaña
árbitro igual e inexpugnable muro-,
con pie ya más seguro
declina al vacilante

-breve esplendor de mal distinta lumbre-
farol de una cabaña
que sobre el ferro está, en aquel incierto
golfo de sombras, anunciando el puerto.
«Rayos -les dice- ya que no de Leda
trémulos hijos, sed de mi fortuna
término luminoso». Y recelando
de invidi osa bárbara arboleda
interposición, cuando
de vientos no conjuración alguna,
cual haciendo el villano
la fragosa montaña fácil llano,
atento sigue aquella
-aun a pesar de las tinieblas bella,
aun a pesar de las estrellas clara-
piedra, indigna tiara
-si tradición apócrifa no miente-
de animal tenebroso, cuya frente
carro es brillante de nocturno día:
tal, diligente, el paso
el joven apresura,
midiendo la espesura
con igual pie que el raso,
fijo -a despecho de la niebla fría-
en el carbunclo, norte de su aguja,
o el Austro brame o la arboleda cruja.
El can ya vigilante
convoca, despidiendo al caminante;
y la que desviada
luz poca pareció, tanta es vecina,
que yace en ella la robusta encina,
mariposa en cenizas desatada.

Llegó pues el mancebo, y saludado,
sin ambición, sin pompa de palabras,
de los conductores fue de cabras,
que a Vulcano tenían coronado.
¡Oh bienaventurado
albergue a cualquier hora
templo de Pales, alquería de Flora!
No moderno artificio
borró designios, bosquejó modelos,
al cóncavo ajustando de los cielos
el sublime edificio;
retamas sobre robre
tu fábrica son pobre,
do guarda, en vez de acero,
la inocencia al cabrero
más que el silbo al ganado.
¡Oh bienaventurado
albergue a cualquier hora!
No en ti la ambición mora
hidrópica de viento,
ni la que su alimento
el áspid es gitano;
no la que, en vulto comenzando humano,
acaba en mortal fiera,
esfinge bachillera,
que hace hoy a Narciso
Ecos solicitar, desdeñar fuentes;
ni la que en salvas gasta impertinentes
la pólvora del tiempo más preciso:
ceremonia profana
la sinceridad burla villana
sobre el corvo cayado.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

